

UNA FUSION SIN EFUSIONES

Hacia un nuevo partido socialista en Francia

Los militantes de los «Clubs», del mismo modo que los miembros de la S.F.I.O., empiezan a desesperarse. El procedimiento de fusión les parece interminable. El nuevo partido socialdemócrata no se formará hasta finales de abril o principios de mayo. ¿Cuáles son las causas de esta lentitud? ¿Cómo explicar este retraso? ¿Por divergencias doctrinales o programáticas? No parece que sea éste el caso. Si hubo, al día siguiente del último consejo nacional de la S.F.I.O., algunas polémicas sobre el tema de la tradición y la renovación. Guy Mollet había citado largamente a Marx, a Jaurés, Guesde y Blum y, después, invitado a los miembros de los «Clubs» a estudiar mejor los fundamentos del pensamiento socialista. Alain Savary le respondió que el socialismo es «una cultura que se nutre del pensamiento y de la acción», y que implica un permanente esfuerzo de renovación. Finalmente, se decidió redactar un acta común en la que —después de haber rendido homenaje a los «viejos libros y los pensamientos viejos»—, se esforzará en responder a cierto número de problemas de nuestro tiempo.

¿Se demora la negociación por la polémica en torno a las estructuras del nuevo partido? En ese sentido, parecen haber sido superadas todas las divergencias. Se discutía muy fuerte hace dos meses a propósito del voto por cabeza, de los presentes en las reuniones, de la flexibilidad de las formas de organización, de la duración de los mandatos electorales, etc. En la actualidad se ha llegado a un compromiso en casi todos estos problemas. La S.F.I.O. acepta la existencia de los clubs locales y propone ella misma el convertir su modesto «aparato». No habrá más «permanentes» entre los miembros del nuevo comité directivo.

Entonces, ¿sobre qué punto se centran las divergencias? Los negociadores se resisten a decirlo, aunque el secreto ya no existe: no consiguen ponerse de acuerdo sobre el reparto de los puestos en el seno del futuro comité.

A los representantes de la Convención de Instituciones republicanas les gustaría que llegaran inmediatamente a un acuerdo sobre este punto. Sin embargo, los de la S.F.I.O. no ven la necesidad. Guy Mollet se complace en enfrentar, entre ellos mismos, a los miembros de la Convención. «No se puede —dijo— declararse, como usted lo hace, partidario de la creación de un partido completamente nuevo y querer designar anticipadamente los miembros del comité directivo de este nuevo partido por los líderes de las antiguas organizaciones».

Los delegados de la Convención responden que no se trata de designar hombres, sino de ponerse de acuerdo sobre «la imagen que ofrecerá al país la futura dirección». Si sobre los veintinueve miembros del futuro comité hay diecisiete personalidades de la S.F.I.O., nadie creerá en una verdadera mutación.



GUY MOLLET

Esta discusión no apasiona en absoluto a los representantes de la U.C.R.G. (Alain Savary) y a los del U.G.C.S. (Jean Poperen). Disponiendo de reducidos efectivos, cada una de estas formaciones se contentará con un puesto en el futuro comité, y están casi seguros de obtenerlos. Por otra parte, reprochan a los dirigentes de la Convención el haber rechazado la constitución de un ejecutivo provisional, encargado de preparar el congreso fundacional.

Sin embargo, la disputa se ha superado actualmente. La S.F.I.O. acaba de pronunciarse a favor de la preparación de un congreso constitutivo del nuevo partido, que tendrá lugar la próxima primavera. Hasta entonces, cada formación conservará su propia dirección. Solamente se constituirán comités paritarios de enlace. Maniobrando entre el grupo de nostálgicos de la «antigua casa» (Gille, Notebart) y una coacción de «modernistas» y adversarios de la alianza comunista (Defferre, Chandernagor, Quilliot), Guy Mollet —que una vez más se situaba en el centro— ha conseguido, al precio de algunas concesiones, imponer sus criterios esenciales.

La Convención, que debe reunirse en enero, está situada ahora al pie del muro. Se ve obligada o a aceptar la entrada en lo que será —quién sabe o no— una S.F.I.O. ampliada, o arriesgarse a la autonomía. Es verdad que la S.F.I.O. «ampliada» será también, en algunos aspectos, una S.F.I.O. renovada. Su secretario político —puesto que habrá un «primus inter pares»— será un hombre de cuarenta años, Pierre Mauroy, antiguo animador de los círculos Leo Lagrange, consejero general del Norte y secretario adjunto del partido: juega respecto a Guy Mollet el mismo papel que, en el Partido Comunista, juega Roland Leroy respecto a Waldeck Rochet. Su acceso al secretariado supondrá un incontestable cambio, pero, con toda seguridad, no un cambio considerable. Esto es lo que explica las dudas de los militantes de la Convención y el deseo de sus dirigentes de obtener la garantía de una presencia considerable en el comité directivo.

De hecho, la mitad por lo menos de los miembros de la Convención preferiría la fusión con el P.S.U. y los «Clubs» de Robert Buron («Objetivo 72») a una unión con la S.F.I.O. Pero el P.S.U. solamente les ofrece la unidad de acción sobre una serie de temas limitada, y la autonomía es un camino difícil a recorrer por una organización que ha preconizado siempre la unidad de la izquierda no comunista. Por estas razones, se realizará la fusión. Con poco entusiasmo, muchas reservas, segundas intenciones y, por consiguiente, poco impacto sobre la opinión. ■ G. M.

LA NAVIDAD EN LA LUNA

¿Por qué estos días?

¿Por qué se han elegido los días de la Navidad para enviar a la Luna, en un vuelo histórico y heroico, a tres astronautas americanos? Una respuesta simple es que durante los días en que se ha realizado el vuelo se daban las mejores condiciones astronómicas para él. Se abría la «ventana lunar», o sea, la posición relativamente favorable de la Luna con respecto a la Tierra, y la Luna está mejor iluminada. Pero estas circunstancias no se dan únicamente en los días de la Navidad. Se habían dado un poco antes, se repiten un poco después. Se puede decir que unos días antes la expedición no estaba ultimada, y que unos días después existía el peligro de que se adelantasen los soviéticos. Sigue siendo

una respuesta simple. «Herald Tribune» intenta dar otra. «Ciertamente, se trata de una intrusión de la Navidad (en el programa espacial). La conversación espacial es apta para introducir en ella a Papá Noel. Los juguetes espaciales se pueden regalar oportunamente. Y las plegarias para la paz en la Tierra y buena voluntad para los hombres, propias del tiempo de Navidad, son aptas para mezclar una más por la seguridad de los tres hombres». El periódico no está satisfecho con esto. Le parece mal. «Estas y otras ramificaciones del programa lunar de Navidad justifican ciertamente a muchos de nosotros que hemos llegado a la conclusión de que el calendario es inapropiado, si no irreverente». En realidad, una parte trascendental de los vuelos espaciales, y de éste particularmente, pertenece a lo que se llama «relaciones públicas», por no llamarlo lisa y llanamente «propaganda». No era lógico que, en una operación donde la propaganda entra en un grado tan alto como para significar una carrera de prestigio con otra nación, se desperdiciase esta excelente ocasión para aumentar su efecto. Las «treguas» de Navidad en Vietnam o en Biafra no obedecen a otra intención. Puede uno preguntarse a qué espíritu fue diseñado se quiere aludir cuando, por respetar una simple fecha cronológica, la matanza se produce hasta una hora determinada y se continúa a partir de otra, cuando la esencia a la que se alude es la de la perpetuación de un espíritu de paz y de convivencia. Al denunciar como «irreverente» esta operación, se alude, sin duda, al peligro que existe para la propia institución de la Navidad, que cada vez sirve para amparar mayor número de operaciones ajenas, desde las puramente comerciales hasta las que tienen por objeto formas disfrazadas o no de guerra entre naciones.



JUGUETES

La escalada del horror

«Si los niños piden juguetes bélicos, lo hacen para imitar a sus padres», explicaba recientemente, en la TV americana, uno de los editores de «Parents Magazine», en un intento de desanimar la compra de armas miniaturizadas de todas clases, de «robots» que escupen fuego o de marionetas militares (G.I., Capitán Acción, Capitán Lazer, etcétera), que los niños pueden situar en todas las posturas características de los «marines» en acción.

A pesar de las diversas campañas organizadas contra los «juguetes agresivos», éstos siguen mereciendo el favor de los niños americanos que quieren «hacer como papá», mientras los juguetes cósmicos se encuentran en franca regresión. Hay, efectivamente, en Estados Unidos muchos más padres haciendo la guerra en Vietnam que padres cosmonautas. El robot interplanetario y el ingenio explorador lunar tienen menos demanda que el famoso «Zintar Zeroids», el más popular de los juguetes bélicos —prácticamente agotado en las tiendas de Nueva York—, o el «Electric Shot», especie de

juego de masacre con el que se simula matar, con ametralladora, a muñequitos de uniforme.

Faltaba un peldaño por subir en esta escalada. El último paso ha sido el lanzamiento —y el extraordinario éxito— del juguete estilo Frankenstein o Chas Adams. Los ositos de peluche, los patitos de celuloide, los conejos azules o de color rosa y los animales de Walt Disney han dejado paso a los monstruos terroríficos. El colmo del refinamiento consiste en fabricar por sí mismo, en el blando confort de su pequeña habitación, los monstruos que asustarán a los amigos. Con una serie de elementos que se venden en las tiendas —y en apenas unos minutos— se pueden fabricar los animales más o menos prehistóricos, serpientes marinas, sapos o arañas para deslizar en el plato de postre del hermano menor.

Un anuncio de televisión mostraba recientemente cómo una niña de siete años podía quedar «graciosamente horrorizada» —sin más— por una especie de vampiro desmontable que se puede reconstituir en familia. El más sor-